

**EDITA:**

Alumnos de Primaria y Secundaria en colaboración con el Área de Cultura del Ayuntamiento de Puntallana.

**SUPERVISIÓN:**

José Luis Ortega Rguez.

**REDACCIÓN:**

Colegio Comarcal Puntallana.  
C/ San Juan, nº 5  
C.P. 38714.  
Tfno. 430228

**DIRECCIÓN:**

José Luis Ortega Rguez.

El trabajo de José Luis Ortega Rguez ("el maestro") con los muchachos y muchachas fué muy interesante. Fomentó, con la excusa de la edición de esta revista, que conversaran con sus mayores y aprenderan la cultura del pueblo directamente de las fuentes vivas.

# El Granero

Revista cultural de Puntallana

## El salto del Enamorado

Hace alrededor de tres siglos ocurrió lo que me ha contado Doña Genara Hernández, quien a su vez se la oyó contar a Doña Inés, una anciana que tendría ahora unos 170 años de edad. A ella se la había contado su padrino, quien había conocido a los familiares de los que protagonizaron la historia, ya convertida en leyenda. Primero hay que hablar un poco de las costumbres de la época, tan antigua, para que se comprenda ese amor tan violento y temerario que le costó la vida a unos jóvenes.

El chico se llamaba José Antonio Carro y vivía en El Granel, cerca de Nogales. Era muy alto y moreno. Tenía mucho pelo, largo y rizado. Como usaba calzón corto dejaba ver unas piernas negras y peludas que eran objeto de burla de la chica de quien estaba enamorado. Ella era muy menuda, pequeña y con unos ojos azules muy bonitos.

Él la conoció camino a la ciudad cuando venía del cuartel y se enamoró muy fuertemente de ella desde el mismo instante en que la vio. Ella era seis ó siete años más joven y no pensaba en amores, o quizás no le gustaba aquel chico moreno y atrevido que pretendía cortejarla y que se atrevió a decirle sin rodeos que si no lo quería y se casaba con él, la mataría.

Ella iba con sus amigas a pastar las cabras a un lugar conocido como «El Bailadero de las Brujas», situado entre El Granel y La Galga. Como tenía miedo del enamorado tan agresivo, no salía sola a ningún sitio. Iba siempre acompañada del grupo de amigas. Pero él venía hasta su casa, y según la costumbre de la época, introducía la porra (un palo de almendro o nogal) por debajo de la puerta mientras decía:

-Ahí te va la porra, Patricia.

Y ella siempre le contestaba:

-Ahí se te devuelve la porra.

Diciéndole claramente que no lo quería.

Cada vez que la veía, le cantaba canciones especialmente compuestas, como esta:

-Debajo del delantal  
llevas un tintero negro,  
déjame mojar la pluma  
que soy escribano bueno.

y ella le contestaba:

-Ese tintero lustrado  
me dejó mi padre de finca  
y no se lo presto a nadie  
que se me gasta la tinta.

Así pasaba el tiempo y él iba perdiendo la paciencia. No trataba de conversar porque en esa época no era lo habitual, solamente preguntaban si los querían o no, sin darle más vueltas. Unos dicen que ella sí lo quería, pero le tenía un poco de miedo, aunque se burlaba de él porque estaba delante de sus amigas. Pero las relaciones se fueron haciendo cada vez más difíciles. Él la per-

seguía a todas partes y ya todo el mundo empezó a conocer la historia.

Al principio las canciones eran finas y de buen gusto, como por ejemplo:

-Con tu monterita maga,  
como de tiempos antiguos,  
si tú me quieres mañana,  
yo me casaré contigo.

Poco a poco fueron haciéndose menos bonitas, más ofensivas. Un ejemplo es esta que él le cantó:

-Mañana voy a pescar  
y cogeré un abadejo,  
si me prestas la vasija,  
te lo pondré en salmorejo.

Pero ella le contestó:

-No te presto la vasija  
que me la pica el vinagre,  
para ponerla en salmorejo,  
se la pides a tu madre.

Habían pasado alrededor de dos años en este ir y venir de cantares y negativas, cuando un día José Antonio vio de lejos a Patricia y a sus amigas en el Bailadero de Las Brujas y se dirigió hacia allá. Al verlo llegar, a Patricia se le ocurrió una terrible proposición. Apenas llegar le dijo:

-José Antonio, tú que eres tan experto con la lanza. ¿te atreves a dar tres vueltas en el aire, sobre el risco? Si lo logras, me casaré contigo.

Él se alegró porque confiaba en sus posibilidades y porque era la primera esperanza que ella le daba. Se arregló el calzón y la camisa, que era ancha, larga y de color blanco. Respiró profundamente, tomó la lanza en mismo borde del risco y saltó sobre el abismo, a más de cien metros sobre el nivel del mar, al tiempo que decía: «Por Dios». Dio una enorme voltereta y volvió a caer



sobre el punto de partida. Las chicas aplaudieron. De nuevo apoyó la lanza, saltó sobre el abismo, mientras decía: «Por mi amada». Los presentes aplaudieron de nuevo. Para el último salto le brillaban los ojos ante el triunfo seguro. Apoyó la lanza y saltó al vacío diciendo: «Que ya la tengo ganada». Pero su voz se perdió en el precipicio. Había caído verticalmente hasta el mismo fondo, sin, ni siquiera, tocar los matorrales. Según parece, la mala suerte o el destino, hizo que se enredara con su sayo (especie de Chaqueta). Llegaron los vecinos que bajaron y recogieron los fragmentos del cuerpo en un sitio llamado Turruntas y lo envolvieron en una sábana blanca. Dicen que cada cierto tiempo se detenían, rezaban un Padrenuestro y continuaban. Así, hasta llegar a la iglesia de San Juan Bautista, donde fue enterrado, porque en esa época aún no había cementerio. La madre de José Antonio lamentaba su desgracia y maldecía a la chica tanto como lo había hecho su hijo.

Patricia enloqueció de terror y de culpa. Los vecinos decían que el espíritu del enamorado no la dejaba vivir y realmente no vivía. Lloraba y gritaba todo el tiempo, encerrada en un pajero junto a su casa.

Los padres, desesperados, fueron a pedir a la madre de José Antonio que viniera a perdonarla para ver si recuperaba la salud, pero ésta no aceptó. Sin embargo, el padre del chico se dejó convencer; la visitó y la perdonó. Pero todo fue en vano: Patricia murió muy joven sin llegar a recuperar la cordura. En



las cuevas que están en el fondo del precipicio dicen que vaga el espíritu del enamorado porque los perros de caza no se atreven a entrar. Esto podemos creerlo o ponerlo en duda, pero sí es cierto que ocurrió esta historia, al menos así nos ha sido contada. Como ocurre con todas las leyendas al ser transmitidas oralmente, con el paso del tiempo se van desvirtuando, y esta no podía ser diferente. Existe otra versión que dice que

en el primer salto gritó: ¡Por Dios! En el segundo: ¡Por la Virgen! Y en el tercero: ¡Por mi amada! En ese preciso momento, viendo que lo iba a conseguir la chica le dio un empujón y cayó al vacío. De cualquier forma, no deja de ser una hermosa historia.

Pablo Hernández Guerra.

El que te cuenten de chico la leyenda del salto del enamorado es un tópico que se repite generación tras generación entre los jóvenes del municipio palmero de Puntallana.

Vemos pues como una vez más y con el cariño que procede, Doña Genara cuenta la historia de aquel cabrero que se mató por un amor no correspondido. Aunque esta vez el muchacho, alentado en la escuela por el maestro, aprovechó para robar a la oralidad el saber de generaciones.

¡¡Y entonces va y lo escribe!!

*Nota:*

*Los chicos al hacer la revista se olvidaron de poner la fecha de edición. Calculo que fue en el año 1996, pues el siguiente nº fue en 1997 y la publicación era anual.*